

**BILBAO**  
 Redacción, Oficinas y Talleres  
 ORUETA 2  
 APARTADO 118. TELÉFONO 276



9-3  
 Rep.  
**El Liberal**  
 O.C. Tono X  
 1º-I-1924



**BILBAO**  
 Suscripción . . . 2 Ptas. al mes  
 En Provincias 7,50 Ptas. trimestre  
 30 ejemplares 2,10 Ptas.



**Del Bilbao mercantil al industrial**

Admiramos a este Bilbao, al grande, al de hoy, y nos enorgullecemos de él, no sin cierta melancolía, sin embargo, tanto o más que cualesquiera otros de sus hijos los que le hemos visto crecer y romper sus viejos pañales, los que llevamos en el cogollo del corazón y de la memoria al Bilbao chiquito, al *bochito* de antes de la última guerra civil. Después de ella se hizo la gran metrópoli vasca.

¡Oh aquel Bilbao de 1874, cuando eran estradas festoneadas de zarzales, con sus rosas silvestres, las que hoy son calles en el Ensanche! ¡Aquel Bilbao de la plaza de la república de Abando, de la plaza de Albia, adonde solía ir los domingos a presenciar los corros de baile aldeano aquel Antón el de los

Cantares que hoy en imagen de bronce medita en el lugar en que fué la plaza!

Y aun aquel Bilbao nos parecía algo nuevo, algo otro. Leíamos las melancólicas reflexiones de Adolfo Aguirre en sus *Excursiones y recuerdos* —¡bellísimo libro!— cuando nos hablaba de un Bilbao para nosotros desaparecido. Y los más curiosos nos íbamos a las *Averiguaciones de las antigüedades de Cantabria* que a fines del siglo XVII publicó el P. Gabriel de Henao, jesuita, en que al hablar del Nervión nos dice de sus riberas que «están los campos y collados vecinos tan poblados de robles —la mayor parte del año verdes—, que no hay un palmo de tierra desocupado; plantados por hileras tan en orden que componen una proporción agradableísima, y cada distrito parece Tempe y Aranjuez». Y agrega: «Añaden gracia y recreación las huertas, las cuales, sin otro riego que el del cielo, producen plantas,

vida civil del Señorío a que acudílabas Bilbao era una vida agrícola y mercantil más que industrial. Agricultura, ganadería, navegación y comercio; industria modesta y recatada.

Claro está que la industria lleva consigo el comercio, que el fabricante se apoya en el mercader y que en rigor es el reparto y el cambio los que sostienen a la producción. A tal punto, que una gran industria prospera o decae, se alza o se postra, según la dirección mercantil más que según la dirección industrial que se le imprima. Lo interesante para una fábrica es saber dónde, cuándo y cómo se ha de adquirir la primera materia y dónde, cuándo y cómo se ha de vender el producto. Y las crisis, las terribles crisis provienen de que en vez de depender la industria del comercio, la producción del reparto, llega a depender el comercio de la industria, el reparto de la producción.

otra parte, los eternos principios liberales. Sufrió una honda crisis el comercio de las ideas.

¡El comercio de las ideas! El comercio y no la fábrica de ellas. Porque las ideas cobran su fuerza del comercio. Rigen al mundo del espíritu no los forjadores, sino los repartidores de ideas. Y esto es lo dice, bilbaíno, hermanos míos, uno de los vuestros que no sólo reparte sino que forja ideas, que es no sólo comerciante sino fabricante de ellas. Pero el repartirlas, el distribuir las, el cambiarlas, le ha hecho liberal.

He conocido el viejo cauce del Nervión, junto a la rampa de Uribarte, y le he visto desaparecer. Su recuerdo va envuelto en el aroma de los azahares de nuestra huerta de Deusto.

¡Ay, mi Bilbao, mi Bilbao! Pero que viva y crezca, que también yo, gracias a él, crezca y vivo.

**MIGUEL DE UNAMUNO.**



árboles y frutos regaladísimos. Dentro de la misma villa hay también muchos jardines, cultivados con grande esmero; y el azahar de los limoneros y naranjos en unos y otros halaga a varios tiempos el olfato.»

¡Cuántas veces ha acudido a mi memoria este pasaje del jesuita del siglo XVII, el Tempe y Aranjuez de las riberas de mi Nervión nativo, y cuántas veces, recordando lo del azahar de los naranjos bilbaínos, me ha llegado, desde mi niñez, el perfume del azahar de los naranjos que crecían en la huerta que mi abuela tenía en Deusto y donde viví algunos veranos! Naranjos ¡ay! que como las magnolias perfumadas de la vieja Plaza Nueva se vinieron a tierra.

En 6 de marzo de 1802 dirigieron a Godoy un *Memorial elevado al Supremo Consejo* las comunidades unidas de la villa de Bilbao, su Consulado y el Cuerpo de propietarios de ella, y en ese escrito, notabilísimo por fondo y forma, se dice: «Este solo sitio parece creado por la naturaleza para establecer el comercio del Norte, hacer feliz a Vizcaya, abastecer las Castillas y atraer a los extranjeros.»

Mercantil fué, en efecto, el engrandecimiento de la villa; villa de mercaderes. La ría, nuestra maravillosa ría, y no propiamente las minas ni menos las fábricas, le dieron su primer fomento. Por la ría entraban mercaderías de ambos mundos, de Europa y de América, a las Castillas, de que era el principal puerto el de nuestro Bilbao, del Bilbao que hoy llamamos chiquito. Salían también productos industriales, de fabricación vizcaína, aquellos *bilboes* o bilbaos, como se les llama en Shakespeare una vez a unas espadas y otra vez a unos grillos. Estoques para las manos y grillos para los pies de los caballeros de Shakespeare se forjaban en las viejas herrerías, de forja catalana, que al borde de los rientes y claros ríos de Vizcaya trabajaban el hierro de somorrostro. Pero la

Mas aun así esta desproporción entre la industria y el comercio, este dominio del tendero por el fabricante, trae el agio y el juego de los valores —lo que se llamó en Bilbao el *serdo*— y esas terribles crisis que tan en lo vivo ha apremiado la villa de los mercaderes del Nervión. De los mercaderes hechos fabricantes y luego agiotistas, de los que sintieron la quiebra del ferrocarril de Tudela a Bilbao y luego la de las obligaciones de la Casa de Osuna y después lo de las navieras y más tarde lo de los marcos y así por el estilo. Es que se habían salido de su paso los seguros mercaderes, de quienes se decía que antaño jugaban al tresillo a paca de cacao el tanto.

¡Los que hemos visto casi nacer el Bilbao de los Altos Hornos! ¡Los que hemos visto levantarse las humeantes chimeneas de ambas riberas del Nervión, donde crecían los robles en tiempos del P. Henao! ¡Los que hemos visto tenderse un manto de humo, remejido a las veces con niebla, donde vagaba un resto del perfume de los azahares de los naranjos y limoneros de fines del siglo XVII! Luego, en nuestros días, ha habido que pensar en un parque, y ha sido preciso subirles a respirar a Archanda a los bilbaínos industrializados. Nosotros subíamos por nuestros pies, pies de corredores de comercio.

Aquel viejo Bilbao mercantil, el de los escritorios de comercio, el de los corredores, el de los tenderos, era un Bilbao liberal y de pequeña burguesía, de clase media. El Bilbao de las fábricas, el industrial, trajo con la plutocracia —la de los nuevos condes siderúrgicos— la agitación obrera, el socialismo proletario, y pareció por un momento peligrar el viejo y noble y cívico liberalismo. El liberalismo, que es un producto mercantil más que industrial, el liberalismo que sale del almacén más que de la fábrica, el liberalismo pareció peligrar. Las huelgas hicieron vacilar, de un lado y de otro, por una y